

## MANUEL FERNÁNDEZ MIRANDA

Arqueólogo e Historiador

Aunque la labor científica y educativa de Manuel Fernández Miranda se haya centrado esencialmente en el campo de la Prehistoria, condicionado por una rígida y por él mismo criticada concepción de la Historia (Rev. de Occidente, 81, 1988 y 152, 1994), creemos que su contribución trasciende ampliamente ese estricto campo cultural y no precisamente en grado cuantitativo, sino por su amplia visión social de la Historia como ciencia y del Patrimonio Histórico como conjunto de bienes accesibles a todos los ciudadanos. Seguramente, muchos de los que le conocieron o trataron no saben que sus primeros pasos como investigador se dedicaron al estudio de la *terra sigilata*. Más conocida es la importancia de sus trabajos sobre la colonización fenicia en el Mediterráneo Occidental. Pero, aun conociéndolo, es posible ignorar determinados campos de su actividad. Para unos puede ser, en efecto, el especialista en el mundo colonial que escribe sobre Huelva y los tartesios, para otros el que realizó trabajos de arqueología submarina en aguas baleares, o quien se preocupó de los pueblos del norte de la península ibérica, o quien inició los trabajos en Recópolis. Los campos donde su cita es imprescindible son muy numerosos. Por ello, no es nuestra intención hacer un simple repaso a sus aportaciones científicas o académicas. Más bien queremos resaltar la capacidad de un hombre que supo combinar perfectamente la proyección científica, educativa y divulgadora de su profesión, de forma que su labor trascendiera claramente el mundo de los especialistas y alcanzara una infrecuente dimensión social. Tal logro no se produce nunca de forma casual y ciertamente exige, como fue el caso, una adecuación de los esfuerzos personales a las necesidades de la sociedad.

El artículo citado del año 1994 no sólo pone de relieve los rasgos historiográficos, las preocupacio-

nes sociales y la personalidad comprometida del investigador objeto de estudio, Vere Gordon Childe, sino que se constituye en reflejo de la misma actitud de Manuel Fernández-Miranda. Allí se define bien el equilibrio entre lo nuevo y lo viejo en el plano metodológico, entre la actividad profesional y el compromiso político, nunca aislados, siempre en una conjunción que daba sentido a cada aspecto de su propia actividad. Por eso, cuando en el curso 1970-71, daba a conocer sus teorías a las nuevas generaciones y participaba en las acciones promovidas en relación con el proceso de Burgos o se integraba en las primeras agrupaciones que pretendían la unidad de la oposición al franquismo, no hacía más que llevar a sus últimas consecuencias la coherencia de sus planteamientos, destinados a proyectarse en un futuro fructífero tanto en el plano de la ciencia histórica como en el del compromiso social de la cultura.

En la ciencia, la altura de su vuelo le hacía ver la esterilidad de la parcelización de los campos del conocimiento. Por ello, en la Universidad siempre defendió la conveniencia de aunar dentro del mismo campo, dentro del mismo departamento, la enseñanza de la arqueología, ya fuese referida a la Prehistoria, ya a períodos históricos de la Edad Antigua. Los esfuerzos que realizó al efecto chocaron, sin embargo, con obstáculos más derivados de criterios de autoridad, o de la rigidez de las estructuras administrativas que mantienen un distanciamiento académico entre áreas de control disciplinares, que de comprensibles diferencias científicas.

Su compromiso con la sociedad fue sin duda el que le llevó a desempeñar importantes cargos de responsabilidad pública, sobre todo desde 1979 a 1984 (primero como Subdirector General de Arqueología, luego como Director General de Bellas Ar-

tes). Fue ese mismo compromiso el que le dio fuerzas, a pesar de no pocos sinsabores, para mantener hasta su fallecimiento (era entonces presidente de la Junta de calificación, valoración y exportación de bienes del Patrimonio Histórico Español) una vinculación mayor o menor, pero permanente, con los organismos que pudieran servir de cauce para poner al servicio de la sociedad su labor intelectual, en la administración central, en la autonómica o en la local. Ahora bien, tal presencia no era en absoluto el producto de una visión dirigista de la vida cultural que tuviera como manifestación concreta la construcción de formas de Estado que le sirvieran de paraguas. Muy al contrario, el objetivo que siempre persiguió en su participación en los organismos públicos consistía en el logro de la corresponsabilidad entre el Estado y la sociedad civil. En esta línea, su biografía se ve coronada por su vigorosa participación en la Fundación José Ortega y Gasset y en el Instituto Universitario del mismo nombre, convertidos así en el eje desde donde pudo organizar multitud de cursos, seminarios y conferencias y desarrollar proyectos de investigación de participación múltiple, al haber sabido atraer hacia dichas organizaciones a un sinúmero de colaboradores, individuales y colectivos, públicos y privados.

Su llegada a la administración se produjo en un momento crucial dentro de la reciente historia de nuestro país, a caballo entre la consolidación del tránsito a la democracia y la articulación del nuevo Estado de las Autonomías. Fue una época sin duda de gran ebullición cultural, de una intensidad sostenida en la reordenación de los instrumentos de regulación y gestión de nuestro patrimonio histórico. El protagonismo de Manuel Fernández Miranda en este proceso fue determinante para la consolidación de nuevos modos de concebirlo, adecuados a la realidad histórica contemporánea. En su específica dedicación al patrimonio arqueológico dio una muestra más de hasta qué punto concebía la historia como una unidad, crisol donde fundir los restos del pasado en una visión contemporánea del mundo, en los planos social, político y cultural.

Ya antes de que se generalizasen las grandes exposiciones multitudinarias sobre diversos y variados temas culturales, que han invadido nuestra sociedad como verdaderos acontecimientos a lo largo de la última década, él se preocupó activamente por promocionar la salida de las colecciones arqueológicas almacenadas o expuestas en nuestros museos a la búsqueda del gran público, en espacios no arqueológicos. Son hitos, por ejemplo, en este sentido, la exposición sobre *Los Iberos* (1983) del Palacio de Velázquez, que se intercambió con la del

*Templo Mayor de México*, o la del *Origen y Evolución del Hombre* (1984) en la Biblioteca Nacional, fruto de una colaboración hispano-francesa. Además, el hecho de haberse celebrado dentro de un espíritu de proyección y colaboración nacional e internacional contribuyó notablemente a poner de moda el mundo de la arqueología desde un rigor científico y sin caer en fáciles chovinismos.

Se trataba de actuaciones espectaculares, escarapate popular de una realidad profunda. En efecto, su impacto público facilitó el incremento de las dotaciones presupuestarias y dio un fuerte impulso a la actividad investigadora, que a su vez generó nuevos proyectos de divulgación y difusión de la arqueología. Resulta así evidente, en último término, que la rentabilidad social de la cultura se cimenta tanto en el rigor científico de los profesionales que se dedican a ella, como en su transcripción para facilitar un acceso mayoritario del público. De ahí que «celebrase» su llegada en 1982 a la Dirección Gral. de Bellas Artes invitando a todos los españoles a entrar gratuitamente a todos los museos públicos.

Pero, a la par, en el primer lustro de los ochenta, ante la ilusionada mirada de los especialistas, se incrementaba notablemente el volumen de las publicaciones dedicadas al campo de la arqueología desde el Ministerio de Cultura. Incluso aparecieron nuevas series o publicaciones periódicas, algunas de ellas lamentablemente interrumpidas con posterioridad, con lo que no pudo alcanzar el efecto perseguido, que pretendía recopilar sistemáticamente los resultados de la ciencia. En efecto, en lo que a publicaciones se refiere, Manuel Fernández-Miranda fue extraordinariamente generoso, porque no sólo acogía para su publicación, sino que también promovía estudios monográficos, síntesis, guías divulgativas, repertorios y animaba con su estímulo la celebración de congresos, dedicados a temas muy diversos, siempre que tuviesen una contrastada calidad. El detalle, en las formas y en los contenidos, resultaría aquí excesivamente prolijo. Como único ejemplo, bajo su iniciativa aparecieron por primera vez los resúmenes de todas las actividades arqueológicas realizadas cada año, que afortunadamente en este caso sí han tenido continuidad, desarrollada en muchas ocasiones a través de las comunidades autónomas.

Cualquiera que haya trabajado con él o a su lado ha podido comprobar la importancia que concedía al trabajo en equipo. Es muy posible que tal rasgo fuese una virtud casi inherente a su carácter, pues se trata de un aspecto de su personalidad científica que ha puesto de relieve todo el que lo conocía en este campo. Seguramente, es una consecuencia de

su infinita capacidad de convicción y de su inigualable inclinación al movimiento convergente de las voluntades. La proyección externa de sus caracteres personales quedaba determinada por los rasgos de generosidad y liberalidad que lo definían. Por eso, en su caso, este conjunto de cualidades, gracias a la conjunción con su sensibilidad social, quedó elevado a rango institucional. Así, nunca dejaba al amparo del mero voluntarismo personal los resultados de su propia capacidad de convocatoria, por lo que desde la Universidad, desde el Ministerio de Cultura o desde la Fundación Ortega y Gasset imprimía a sus iniciativas un sello rigurosamente profesional, enmarcadas siempre dentro del organismo al que pertenecía y habitualmente pensadas para que se llevaran a cabo por medio de amplios equipos de trabajo. Por ello es perdurable su obra institucional. Es posible que su desaparición nos prive del motor, pero la maquinaria quedó terminada. Ya nadie se atreve a plantear dudas sobre el carácter interdisciplinar de los estudios arqueológicos o, en concreto, sobre la presencia imprescindible de un arqueólogo en casi todas las actuaciones de conservación o de protección realizadas sobre el patrimonio histórico. Sin duda, es absolutamente seguro que se habría alcanzado tarde o temprano, por las mismas necesidades del desarrollo social y cultural, pero de hecho fue durante su gestión administrativa cuando se generalizó.

También durante su gestión administrativa se normalizaron por primera vez los consejos asesores de especialistas y se potenciaron enormemente las colaboraciones interdisciplinares en arqueología: C<sub>14</sub>, arqueometalurgia, antracología, identificación de maderas y dendrocronología, mineralogía de las cerámicas, petrografía, etc. pasaron a integrarse como elementos fundamentales del estudio arqueológico. En este sentido, funcionó una vez más su capacidad de comunicación, que le permitió actualizarse rápidamente a partir de la concepción tradicional de las diversas disciplinas como ciencias auxiliares para llegar a obtener una visión integral de los análisis arqueológicos, convertidos en un conjunto integrado de técnicas instrumentales directamente planificados desde la estrategia cotidiana del arqueólogo como historiador científico. El primer congreso sobre *Metodología de la Arqueología* (Soria, 1981), por él propiciado desde el Ministerio de Cultura, constituye el resultado testimonial de la dirección adoptada. En esta misma línea, se erigió en uno de los inspiradores más fervientes, seguramente el que más, del actual Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales del M<sup>o</sup> de Cultura. La idea que lo inspiraba perseguía la consolidación en España de un organismo interdisciplinar y autóno-

mo capaz de enfrentarse a los problemas patrimoniales desde una perspectiva integral, histórica y científica a la par, que superara por lo tanto las simples actuaciones técnicas. No tenía ciertamente vocación de fontanero, de promotor de medidas instrumentales para la actuación mecánica. Aun en sus últimos días planteaba, en una de esas distendidas y amenas discusiones tan frecuentes con él, un verdadero Instituto del Patrimonio Histórico, que integrase una amplia gama de organismos y que permitiese no sólo actuaciones integrales, sino también una formación de postgrado sobre el tema, con la participación de arqueólogos, arquitectos, historiadores del arte, conservadores y restauradores.

Frente a los que, al amparo de un malentendido Estado de las Autonomías, se esforzaban en conseguir cotas de control restringidas y localistas, Manuel Fernández Miranda persiguió siempre una proyección universalista de la cultura, en sus objetos y en sus objetivos. Por ello, siempre potenció y defendió los centros nacionales, pero no centralistas, capaces de ofrecer una visión de la cultura que supera las fronteras: el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, el Centro de Investigaciones Prehistóricas de Altamira o el Centro de Investigaciones Submarinas de Cartagena. Con esa misma idea, siempre mantuvo una fructífera colaboración internacional con instituciones o investigadores, desde sus trabajos en Menorca, en colaboración con la fundación Bryan, hasta sus más recientes estudios sobre el poblamiento y la metalurgia prehistóricas del sureste peninsular, en el marco de un proyecto de la Unión Europea sobre las zonas de desertización del Mediterráneo. Igualmente, como creía en la Arqueología como ciencia internacional, planteaba y fomentaba la presencia de los arqueólogos españoles en el extranjero, aunando los esfuerzos de los diversos organismos nacionales interesados, de forma que las acciones captasen todos los recursos posibles y resultasen más eficaces de ese modo. Tales eran los principios que inspiraron la unificación de la presencia del Ministerio de Asuntos Exteriores, el Ministerio de Cultura y el CSIC a través de la Academia de Bellas Artes, Historia y Arqueología de Roma, desgraciadamente fracasada por faltas de entedimiento recientes, que al parecer proceden, más que de una visión racional de la colaboración científica internacional, de motivaciones de carácter personal.

En esta perspectiva de universalidad sólo hizo una expresa matización. Como buen asturiano y gijonés, mantuvo siempre encendido el rescoldo de su tierra y a ella le dedicó, huyendo siempre del localismo, sin pretender nunca un protagonismo y ro-

deándose de numerosos colaboradores, algunos esfuerzos «extra». El último de ellos está representado por la organización de una gran exposición sobre los *Astures*, sobre sus orígenes prehistóricos, sobre la *Asturia* romana y sobre su transición al Medioevo. Nuevamente la visión global y de conjunto se desprende de su personalidad individual y la supera. Esperamos que su realización sea un homenaje póstumo a su persona y a sus ideas.

Todo lo dicho y seguramente mucho más que

podrían testimoniar otros, entre los muchos que lo trataron desde diferentes ángulos, quedó reflejado como feliz logro social en la nueva *Ley del Patrimonio Histórico* (1985), de la que sin duda fue él su principal responsable.

DOMINGO PLÁCIDO  
Universidad Complutense

F.º JAVIER SÁNCHEZ-PALENCIA  
Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid.